

016. Fe y patriotismo

Comenzamos con una pregunta inesperada: ¿Se pueden oponer DIOS y PATRIA?

O bien: La fe y la religión, ¿están reñidas con el patriotismo?

Más todavía: ¿no será Dios el que garantice como nadie la estabilidad de la Patria, y no será la Patria quien deba salir siempre por los fueros de Dios?...

Hablar de la Patria nos enardece mucho a todos. Y a los católicos nos enardece mucho más aún cuando, al amor de la Patria, sabemos unir el entusiasmo de nuestra fe.

No tenemos más que mirar, escuchar y seguir a Jesucristo para saber que debemos amar a la Patria, en la cual encontramos al Dios de nuestros padres, como el mismo Jesucristo encontró en el corazón de Israel la fe, el amor y la adoración de su Padre celestial, cuyo celo le consumía.

El que Jesucristo no aceptase de ningún modo la lucha armada que en su pueblo llevaban adelante los llamados zelotas contra el poder de los romanos, no quiere decir que Jesús no sintiese, y más que nadie, el amor a su pueblo, al que quería independiente de toda esclavitud.

Más, aunque no lo dijese clara y explícitamente, dejó insinuado que Dios tenía preparada incluso la salvación de la nación judía de haber recibido al Mesías que Dios le enviaba. No otra cosa podían significar aquellas palabras:

- *¡Si conocieses tú, Jerusalén, lo que te conviene para la paz!... (Mateo 22,21)*

Un gran canciller alemán —fue llamado el Canciller de Hierro— se había formulado este lema:

- *Me gasto sirviendo a la Patria* (Bismark: “Patriae inserviendo consumidor”)

Muy noble. Y, orientado por nosotros, muy cristiano también. Esto es digno de aquel dicho de los antiguos romanos, que tenían como un lema, más que un refrán: *Es dulce y honroso el morir por la patria.*

Servir a la Patria es servir a los valores más grandes del hombre. La Humanidad entera no se ha equivocado al colocar el amor a la Patria en las mayores alturas del espíritu. ¿Qué significa, si no, el *Altar al soldado desconocido*?...

Jesucristo, además, al decirnos: *Dad al César lo que es del Cesar, y a Dios lo que es de Dios*, estableció una regla válida para siempre, respuesta certera a las preguntas que nos acabamos de hacer: nos debemos del todo a Dios y a la Patria, de modo que Dios no nos quita el amor a la Patria, ni la Patria nos debe mermar el amor a Dios.

En efecto, la Patria, rectamente servida y gobernada, garantizará todos los derechos de Dios; y Dios será la fuerza de cohesión que mantendrá unida y robusta a la Patria.

El Papa Pío XI nos lo dijo con precisión incontestable:

- *El buen católico, precisamente en virtud de la doctrina católica, es por lo mismo el mejor ciudadano, amante de su patria, y lealmente sometido a la autoridad civil constituida, en cualquier forma legítima de gobierno* (Pío XI, DIM)

No se nos podía hablar más claro y con mayor autoridad.

Además, si examinamos bien las cosas, prescindir de Dios como ciudadanos es cometer el último disparate con la Patria.

Serán inmortales las palabras de Franklin, cuando se trató de establecer los puntos fundamentales por que se regirían los recién nacidos Estados Unidos de Norteamérica: *Señores, recemos. Ya soy viejo; pero, cuanto más vivo, con mayor claridad veo que el destino de la Humanidad depende de Dios. Si no cae al suelo un pájaro sin su permiso, ¿cómo podría tener fuerza un país sin su auxilio?*

Y hacemos una observación muy válida para nuestros días.

Al querer engrandecer a la Patria, nunca recalcaremos bastante la importancia que la fe cristiana y católica tiene en nuestros países.

Entrañada en lo más íntimo de nuestro ser nacional, si suprimimos nuestra fe católica habremos dado el golpe de gracia a nuestro patriotismo.

El mejor católico es el más patriota, y el mejor patriota es también el mejor católico.

Conocemos la historia del rey de Inglaterra Enrique VIII. Antes, había defendido con ardor la fe católica. Pero cuando el Papa se negó a anular su matrimonio con la legítima esposa, apostató de la fe escandalosamente. No sólo esto, sino que desató una tremenda persecución contra la Iglesia Católica.

Amenazado por el rey, un ciudadano hubo de abandonar Inglaterra y emigrar a Roma, donde murió de pura añoranza. En su sepulcro se inscribió este epitafio:

- Aquí descansa un inglés católico, que, al separarse Inglaterra de la Iglesia, abandonó su patria porque no podía vivir sin su fe; vino a Roma y murió, porque no podía vivir aquí sin su patria (Robert Peham, Iglesia San Gregorio)

Ciudadanos y católicos, nos preguntamos con seriedad: ¿merecerían nuestra fe y nuestro patriotismo un elogio semejante?...

Llevar en el corazón el amor a la Patria es llevar dentro uno de los amores más nobles y generosos.

Trabajar por la Patria es cumplir una de las tareas más gloriosas y beneméritas.

El amor a la Patria es bendecido por Dios lo mismo que por los hombres.

Entonces, sacamos una conclusión que nadie nos va a poder discutir: si nadie nos gana a buenos cristianos, tampoco nadie nos va a ganar a buenos patriotas.